

XXI

GAYFEROS.

Estando la Condesina
 en su palacio real,
 con peine de oro en la mano
 para su hijo peinar:
 —Dios te encreciente, mi niño;
 Dios te deje encrecentar,
 que la muerte de tu padre
 tú la vayas á vengar;
 porque á traicion le mataron,
 para conmigo casar,
 viniendo de romería
 de San Juan el de Letran.—

Estando 'n estas razones,
 vieno (*) el Moro de cazar.
 —¿Qué dices tú, boca negra,
 ó qué te pones á hablar?
 que por eso que tú dices,
 el niño ha de pasar mal.—

Ha llamado dos criados,
 que al padre comian pan:
 —Id á matar ese niño
 á los montes de Aguilar;
 y por señas hais traerme
 el su corazon leal,
 y de su mano derecha
 tambien el dedo pulgar.—

Iba una perra con ellos,
 cuidando diban cazar:
 —Mataremos esta perra,
 pues que Dios la truxo acá:
 corazon de perra blanca
 del niño parecerá.
 Le cortaremos el dedo,
 por eso non morirá:
 le dexaremos aquí,
 Cristo le consolará.—

Pasára por allí un tio
 que venia de cazar:

(*) El Infante cierto vieno al día sinalado,
 Recebió lo Nincholao non á guisa de conardo.

(Libro de Alexandre.)

—¿Quién te truxo aquí, sobrino,
á los montes de Aguilar?

—Criados del perro Moro,
que me venian matar.—

Ya le coge entre sus brazos
y le pone en su ruan;
siete años le ha tenido
comiéndole vino y pan.

Al cabo de los siet'años
el niño soltó á llorar.

—¿Tú qué tienes, mi sobrino;
tú qué tienes que estás mal?

¿Hízote mal el mi vino,
ó te hizo mal el mi pan;
ó te hacen mal mis criados?...

Mandarelos despachar.

¿O ves alguna doncella
que non puedas alcanzar?

—Non me hizo mal vuestro vino,
nin me hizo mal vuestro pan;
nin me hacen mal vuestros criados,
non los mande despachar:

nin veo doncella alguna,
que yo non pueda alcanzar:

es la muerte de mi padre
que la quiero dir vengar.

—Eres niño muy chiquito,
pa las armas menear.

—Aunque soy niño chiquito,
me sobra la habilidad.

Dadme el caballo y las armas.
que yo le diré á vengar.

—Tengo jurado, sobrino,
allá en San Juan de Letran,
mis armas y mi caballo
á nadie las emprestar.—

El niño desque esto oyó,
'n el suelo va desmayar.

—Arriba, garzon, arriba,
non te quieras desmayar;
mis armas y mi caballo
estarán á tu mandar;
mi cuerpecito aunque viejo,
para el tuyo acompañar.—

Quitaron ropas de seda,
vistiéronse de sayal:
de día anduvieron monte,
de noche camino real.

A puertas de la Condesa
van á pedir caridad.

—Non lo quiera Dios del Cielo,
nin la santa Eternidad;

que el Moro me ha prohibido
esta vez y muchas más,
que á romeros de otras tierras
yo les diera caridad.

Váyanse los romericos
al hospital de San Juan.
—Non lo quiera Dios del Cielo,
nin la santa Eternidad,
caballeros de alta sangre
al meson vayan cenar.

—Dareles pan por dinero,
y vino de caridad...—

Cuando lo estaban comiendo,
vieno el Moro de cazar.

—¿Qué te he dicho, Condesina,
esta vez y muchas más?

Que á romeros de otras tierras
non les dieras caridad;
que yo á romeros maté,
romerillos me han matar.—

Los dientes de la Condesa,
por la sala van rodar.

El niño desque esto vió,
al pronto subióse allá.

De la primer puñalada,
mató el romero á Galvan.

—Vayan con Dios los romeros,
¡viuda me hicieron quedar!

—Si vos non fuérais mi madre,
con vos hiciera otro tal.

—Non tengo hijo nin hija:
sola en el mundo estoy ya;
porque un hijo que tenia
murió en montes de Aguilar,
y en mi cofrecito tengo
el su corazon leal,

y de su mano derecha
tambien el dedo pulgar.

—El corazon que teneis,
de la perra es de Galvan
y ese dedo que guardais
aquí le vereis faltar.—

Al verlo la Condesina,
comenzárale abrazar:
las lágrimas y suspiros,
en placer fuera tornar.